

Memorialistas & Viajeros

Gabriel García Márquez: “Vivir para contarlo”

Bartolomé Leal, desde Santa Marta, Colombia

Por un azar de mis obligaciones laborales he tenido que hacer un viaje a las tierras originarias de Gabo. Hacía tiempo que había dejado de leerlo, me daba la sensación de que recalentaba el mismo puchero literario; lo cual es una opción creativa legítima, no quiero ser irrespetuoso, pero me suele indigestar. Por eso no me había atraído la lectura de su libro de memorias, “Vivir para contarlo”, de casi seiscientas páginas, que salió en 2002 a todo bombo. Embarazoso reniego, superado en el momento justo.

Santa Marta, Barranquilla y Cartagena de Indias. Me tocó hacer un recorrido por tierra, cruzando los pagos de García Márquez, un verdadero periplo por el Caribe colombiano. Me embarqué al mismo tiempo en su libro de memorias, que adquirí por allá, en edición nacional. Pude descubrir algunos lugares de su niñez y juventud, que él describe: la Ciénaga y los arenales, los suburbios abigarrados de Barranquilla, la magia de Cartagena la ciudad amurallada; los hipnóticos viajes en tren; los calores, los olores de los jazmines, los páramos secos y las exuberancias selváticas y frutales; las montañas nevadas, los mosquitos, la pobreza, las muchachas morenitas y graciosas, la alegría del baile, las palmeras agitadas por la brisa, los pantanos amenazantes, la música de los acordeones, en fin. Ese mundo que inspiró el universo narrativo único de Gabo.

El libro comienza con un viaje en lancha y luego en tren para moverse desde Barranquilla a Aracataca, su pueblo natal, donde su madre le ha pedido que le ayude a vender la vieja casa familiar. Cruza las gigantescas plantaciones de bananos, abandonadas por la United Fruit Company, sumiendo a la región en miserias. Una finca bananera lleva un nombre que le queda resonando: Macondo. El tren que menciona Gabo sigue existiendo, ahora para transportar carbón. Desde mi hotel en Santa Marta, refugio de iguanas, gavilanes y cuervos, sentí una madrugada los pitazos que el autor describe. Luego lo vi al tren, interminable: dicen que arrastra más de quinientos carros. Después navegué por el Magdalena, sorteando los jacintos acuáticos, viendo saltar los sábalos en la fuerte corriente, sorbiendo cerveza en lata... Fue muy impresionante. La prosa del maestro describe sus experiencias con la finura y sabrosura de una arepa de huevo, cumbre de los desayunos costeños.

Desde las primeras páginas se van descubriendo los autores que el joven Gabo devoraba en sus estancias en Barranquilla y Cartagena, donde había abandonado sus estudios de leyes para hacer periodismo. Su deseo era ser escritor. “Iba a cumplir veintitrés años el mes siguiente, era ya infractor del servicio militar y veterano de dos blenorragias, y me fumaba cada día, sin premoniciones, sesenta cigarrillo de tabaco bárbaro...” Su forma de vida demandaba lo mínimo. Le dice a su madre: “Dos camisas y dos calzoncillos. Uno puesto y otro secándose. ¿Qué más se necesita?” Lee con fiebre a Faulkner, se acerca a Gide, Huxley y Conrad, confiesa haber leído a Rómulo Gallegos más que nada para denigrarlo. Disfruta *Las mil y una noches*. Se perturba y emociona con Joyce y Virginia Woolf, Borges y Felisberto Hernández.

Cuenta Gabo de los indígenas: “Cuando pasaban las lluvias y el aire se volvía de diamante, la Sierra Nevada de Santa Marta parecía acercarse con sus picachos blancos hasta las plantaciones de banano de la orilla opuesta del río. Desde allí se veían los indios *arhuacos* corriendo en filas de hormiguitas por las cornisas de la sierra, con sus costales de jengibre a cuestras y masticando bolas de coca para entretener a la vida”. No es casual pues que esta zona sea una de las más sensibles en materia de narcotráfico. Hay antecedentes ancestrales.

Colegas escritores que fueron sus apoyos (Álvaro Mutis, Manuel Zapata Olivella, Álvaro Cepeda Samudio), asonadas militares, conspiraciones políticas, matanzas, epidemias, proyectos literarios abortados, amores fulminantes, personajes míticos como Neruda y la venezolana Juana de Freytes (“una matrona rozagante que tenía el don bíblico de la narración”), una guerra con el Perú, circulan por las páginas de este libro que trae una sorpresa en cada párrafo. Su admiración por Cartagena le hace escribir, en la primera visita: “Me bastó con dar un paso dentro de la muralla para verla en toda su grandeza a la luz malva de la seis de la tarde, y no pude reprimir el sentimiento de haber vuelto a nacer... De tanto oír hablar de ella desde que nací, identifiqué al instante la plazoleta donde se estacionaban los coches de caballos y las carretas de carga tiradas por burros, y al fondo la galería de arcadas donde el comercio popular se volvía más denso y bullicioso”.

Un colega de Barranquilla me cuenta historias de la zona, que emulan a las de Gabo. La de un controlador de vuelo borracho que una tarde se quedó dormido mientras se acumulaban aviones dando vueltas sobre el aeropuerto, hasta que a un piloto se le ocurrió llamar a la policía; ésta llegó con sus sirenas y un reemplazo para evitar la tragedia, mientras el otro roncaba sobre su radio. El que narra es un hombre con los ojos más azules que nunca vi, rodeados del blanco de ojo más rojo imaginable. Me informa que sufre de insomnio, lleva cinco años sin dormir. En la prensa se discute el caso de los hipopótamos que se han refugiado en el río Magdalena, escapados del zoológico privado del fallecido Pablo Escobar, el mítico traficante. Un hipopótamo ya fue abatido a tiros por gente del ministerio del medio ambiente. Jóvenes y niños salen a las calles para defender a la hembra y su cría que nadan aterrados por el río. El realismo mágico es la norma.

“Vivir para contarlo” se detiene en 1955, cuando García Márquez publica su primera y admirable novela, *La hojarasca*. Un fragmento del capítulo inicial de sus memorias se puede leer aquí: www.sololiteratura.com/ggm/gabcapl/vivir.htm Hace siete años que todo el mundo espera anhelante las prometidas secuelas. Incluido este columnista, avergonzado de su reniego, tras haber disfrutado tanto de la primera entrega.

